



Eudeba  
Universidad de Buenos Aires

1<sup>o</sup> edición:

© 2022


Editorial Universitaria de Buenos Aires  
Sociedad de Economía Mixta  
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires  
Tel: 4383-8025 / Fax: 4383-2202  
[www.eudeba.com.ar](http://www.eudeba.com.ar)

Diseño de tapa:  
Composición general: Eudeba

Impreso en Argentina  
Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.



## La patria imposible del exilio. De la travesía del Winnipeg y del exilio republicano español en Chile

---

FRANCISCO MARTIN CABRERO

No, no la tiene. No tiene patria el exilio, en efecto. No solo no la tiene, sino que el exilio tal vez sea el concepto o la categoría más importante a la hora de deconstruir cualesquiera ideas de patria que maneje; incluso podría decirse que resulta decisivo —como concepto o categoría— para configurar y dar forma a cualquier nuevo estatuto de ciudadanía que se quiera acorde —es decir: consecuente y coherente— con este tiempo nuestro tan surcado de migraciones y desplazamientos de todo tipo, casi siempre en dirección única hacia mayor opulencia, movimientos de ingentes masas humanas sin más capital que la pobreza y la desesperación acumuladas de padres a hijos, como si se tratara de una herencia en negativo, o sin testamento, que transmite solo desposesión y privaciones. Un mundo, este nuestro, cada vez más poblado de muros de hormigón y de alambradas de espino que cortan la esperanza y niegan la misma idea de frontera. Porque allí donde hay una frontera significa que hay también un paso fronterizo, algo que se puede atravesar, algo que permite el paso, pero los muros y las alambradas de nuestro tiempo se levantan desde un feroz espíritu concentracionario que no deja lugar a ninguna idea de paso. Parece que se impone lo cerrado sobre lo abierto en nuestro tiempo, aun cuando si algo ha marcado por doquier cualesquiera ideas de humanidad han sido precisamente las aperturas. Las puertas que permiten entrar al viajero y al huésped recibirle y darle cobijo y cuidado. Tras cada puerta hay siempre una idea de hospitalidad que la abre o la cierra, según lo que predomine en esa idea, si la confianza o la desconfianza hacia el otro, si el respeto de las diferencias o el supremacismo de lo propio.

Hoy mismo, hace poco más de ochenta años que el puerto de Valparaíso fue una puerta abierta para los más de dos mil refugiados españoles que viajaron en el Winnipeg, uno de aquellos “barcos de la esperanza” que hicieron recorrido entre Europa y América al finalizar la guerra civil española (barcos reales elevados a símbolos de la solidaridad latinoamericana, como el Sinaia en México o el Formosa en Argentina). Convendrá que hablemos de aquella puerta que fue entonces el puerto de Valparaíso (donde el Winnipeg atracó a la caída del sol del sábado 2 de septiembre de 1939), de quienes la abrieron –la puerta– y de quienes pretendían lo contrario, de quienes la abrieron cuanto pudieron y de quienes no pudieron cerrarla pero hicieron posible que no se abriera del todo. Chile fue, para los refugiados españoles de la Guerra Civil, aquel difícil compromiso entre la realidad y el deseo fraguado con notable esfuerzo por el gobierno de Aguirre Cerda. Los refugiados españoles huían de las consecuencias de la derrota republicana en la guerra de España y también –aunque tiende a olvidarse, o más bien, muy interesadamente, a silenciarse– de los campos de concentración franceses. De las consecuencias de una guerra perdida y de los campos de concentración que la siguieron. De lo uno y de lo otro. Hoy es sin duda de justicia no olvidarse ni de lo uno ni de lo otro. Porque quizá habría que empezar por ahí para evitarnos ciertos tonos triunfalistas que a veces nos acompañan como lugares comunes asentados cuando hablamos del exilio republicano español. Conviene a nuestro recuerdo de hoy hacer memoria también de las condiciones en que fueron recibidos en Francia los refugiados españoles que huían de España, de las previsibles consecuencias que la derrota en la guerra confería a sus vidas, del futuro, no solo incierto, sino roto, que incumbía sobre ellas. Dígase, pues, de modo claro: no hubo centros de acogida ni ningún tipo de solidaridad institucional, sino la impiedad y la intemperie de los campos de concentración. De ellos se salía –conviene a nuestro recuerdo hacer precisa memoria de ello– o para ser devueltos a la España franquista, y lo que allí seguía es fácil suponerlo, o para seguir combatiendo esa otra guerra que hoy llamamos II Guerra Mundial y que en el fondo no era otra cosa que la continuación natural de la guerra de España o, en fin, reclamados por el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles para ser trasladados fuera de Francia. Fuera de Francia, conviene no olvidarlo: en Francia solo se quedaban si era para combatir a un enemigo que Francia no había querido combatir en la Guerra de España (el avanzar totalitario del fascismo). Pues bien, de esos campos de concentración franceses –ejemplarmente descritos, entre otros, por Jorge

Semprún, aunque, en lo que hace a nuestro caso, vale la pena no olvidar a Fernando Solano Palacio— salieron buena parte de aquellos improvisados viajeros del Winnipeg. De cierto no sabían a dónde iban. De cierto apenas nada sabían de Chile, salvo que estaba casi en el fin del mundo. De cierto era un viaje de ida, solo de ida, aunque muchos, tal vez todos, confiaban en que hubiera vuelta. Para muchos de ellos Chile sería después su patria. De eso no cabe duda.

He dicho patria, sí. No ha sido un descuido, sino algo deliberado. Porque en modo alguno contradice lo que dije al principio: eso de que el exilio no tiene patria, pero este aparente desajuste nos permite hacer un alto en el camino breve de esta ponencia, respirar hondo y volver sobre nuestros pasos. A veces, para avanzar, hay que desandar antes algunos caminos. Porque aquí no se trata de disertar sobre el exilio en general o en abstracto, porque si hay algo que no permite el exilio —ningún exilio— es la construcción de un saber desligado de la experiencia. Hacer así sería como levantar una impostura. He dicho antes que el exilio es un concepto o una categoría fundamental: creo en efecto que es la categoría política que hoy nos permitiría proyectar y diseñar una ciudad de los hombres más justa y más libre, y sobre esto volveré más adelante, pero sobre todo creo que el exilio es, en primer lugar y de una manera irrenunciable, una vivencia. Una vivencia encarnada: algo vivido por alguien, padecido en primera persona, sufrido en la propia carne. Desde luego no es algo que pueda aprenderse en los libros o en las aulas universitarias. Lo suyo es la escuela de la vida —y es escuela terrible—. El concepto, la categoría y todo lo demás vienen después, y vienen no como el producto de una experiencia común, de esas que se pueden reproducir en un laboratorio como si se tratara de experimentos científicamente repetibles, sino que es una experiencia de vida intransferible, una vivencia alojada de manera radical en la persona, en lo concreto de su padecimiento, de su sufrimiento y dolor íntimos y propios, una vivencia al fin que se hace centro del existir y da forma definitiva a una vida tal vez ya sin horizontes ni esperanzas.

Hay, sin duda, dos ideas de patria muy arraigadas en nuestra conciencia intelectual, dos ideas que acaso puedan representarse como los extremos entre los que oscila el péndulo de los sentimientos patrióticos. Una es la que entiende la patria como la tierra de los muertos, la tierra en la que han quedado sepultados nuestros ancestros, algo que, de consecuencia, remite al pasado, a una suerte de régimen de lo temporal en el que el presente estaría en cierto modo dominado por las instancias del pasado. La patria,

así, entendida desde los símbolos de la tierra y de la sangre, representaría el lugar sagrado donde reposan los muertos. Ellos –los muertos– dictan hacia nosotros, en el presente y de cara al futuro, el carácter irrenunciable de esa tierra y de esa sangre, a la postre una suerte de templo cuyo recinto albergaría las raíces identitarias del sujeto.

Otra es, en cambio, la idea que entiende la patria como la tierra de los hijos, es decir: no como el lugar del pasado, sino el del futuro, y, por tanto, algo siempre abierto y siempre en proceso de construcción. Lo sagrado de esta segunda idea de patria no estaría en los muertos, en su régimen, como era el caso de la primera, sino en los hijos, en el horizonte que abre hacia adelante la continuidad de la propia descendencia hacia lo que aún no está ni dado ni hecho, sino meramente aún por hacer, aún por construir. Aquí no prima el de dónde venimos, sino el hacia dónde vamos: la mirada no está puesta en el pasado sino en el futuro, no en lo cerrado sino en lo abierto. No es un vínculo cualquiera el que se establece con esta patria en construcción, por hacer aún en un camino sin meta, sino que es precisamente el tipo especial de vínculo que liga a los padres con los hijos a través de esa responsabilidad que persigue con denuedo, más que el propio bien o la propia felicidad, el bien y la felicidad de esos otros que son propiamente los hijos.

Dos ideas antagónicas, sin duda, pero con una estructura semejante, pues el resultado es que la patria no es nunca, en ningún caso, la tierra del sujeto, sino la de alguien con quien el sujeto se relaciona o desde atrás o desde adelante. Ambos vínculos pueden ser razonables, y de hecho están ampliamente razonados en los tratados que recorren la entera historia de la filosofía política. No importa ahora cuál de ellos nos parezca mejor a cada cual, en cuál de ellos nos reconozcamos más y nos sintamos más cómodos. Importa aquí señalar que el exilio es ese ámbito o experiencia que nos permite escapar de ese dilema. No para huir de él, sino para dar una vuelta de tuerca al concepto de patria y, de consecuencia, a cualesquiera ideas de nación y de nacionalismo.

Vale la pena recordar en este punto del curso de nuestro discurso una poesía de Juan Ramón Jiménez que viene muy a cuento, tal vez doblemente a cuento:

¿De dónde es una hoja / transparente de sol?  
¿De dónde es una frente / que piensa, un corazón que ansía?  
¿De dónde es un raudal / que canta?

El poema –sin duda hermoso– se titula “Patria”. Es claro que su forma y eficacia poéticas se despliegan en base a la relación conflictiva que establecen las preguntas de los versos con el título de la poesía: preguntas que el poema deja sin respuesta con el único fin de poner en el centro de la atención lectora cualesquiera conceptos de patria que generalmente se aceptan de manera tal vez inconsciente y de seguro acrítica. Hay –todos acaso lo hemos experimentado alguna vez– un patriotismo inercial que se deriva sin más del simple hecho del lugar de nacimiento. Juan Ramón, en esta poesía, persigue la denuncia y deconstrucción de ese gran lugar común que es el concepto de patria y sus asociados adjetivos patrióticos. Al nacionalismo de las identidades Juan Ramón oponía una búsqueda en lo genéricamente humano, y hay que decir que le agradaba la idea de la pura hermandad de lo universal humano.

El poema se publicó en Madrid bajo el sello editorial de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí de Jiménez en 1923 dentro del volumen titulado *Poesía*, que es, junto con otro libro de ese mismo año, *Belleza*, la cima de la poesía pura en lengua castellana. El poema de Juan Ramón viene a cuento, además de por lo que en sí muestra y expresa de manera tan inequívoca (pura, diría Jiménez), también, en nuestro caso, acaso sobre todo, porque José Ricardo Morales –a la sazón uno de los viajeros del Winnipeg– lo incluyó en aquella memorable antología que la editorial Cruz del Sur editó en Santiago de Chile en 1943 bajo el título de *Poetas en el destierro*. Conviene reparar en el título que Morales puso a esta singular y valiosa antología: no la llamó *Poetas en el exilio*, sino en el destierro. Un pequeño detalle sobre el que conviene también pararse a pensar detenidamente. Porque en el breve prólogo que Morales antepone a la antología hace gala de la palabra destierro. Habla de los poetas caídos y enterrados (Unamuno, Lorca, Machado, Hernández), y tiene un recuerdo entrañable para los poetas vencidos que quedaron atrapados en España y condenados al silencio (la “peor de las muertes” de un poeta, dice Morales del silencio). Permítaseme una breve cita de este prólogo: “Como en otros siglos, en tiempos de amargor para la patria, a los desterrados corresponde levantar la voz con que nuestra malherida España, vueltas las tornas, se dirá a sí misma y a todos lo mucho que deba decirse”. Morales desentraña una suerte de deber ético para con la patria que, de modo tal vez paradójico, correspondería a los desterrados, en el caso concreto de su antología: a los poetas desterrados. Y ello porque el desterrado no rompe su vínculo con la tierra de la que ha sido expulsado –tal vez, contra su querer, arrancado–. No puede hacerlo porque en la

estructura moral del destierro queda alojada la patria de manera necesaria e imprescindible. Al desterrado toca –es su deber, dice Morales– hacer patria de otro modo, pero nunca podrá no hacerlo, nunca podrá dejar de hacerla: de hacer patria o de ser él mismo patria. El desterrado es aún de la patria, y aunque la patria le rechace –y hay infinitos modos de rechazo– él siente que en ese rechazo se confirma su íntima e indeleble pertenencia.

Hay sentido crítico en las palabras de Morales, de condena para los vencedores, sin duda, esto sin duda y claro queda en su breve prólogo, pero también, sutilmente, de implícita crítica –o de autocrítica– hacia los vencidos. Los desterrados habrán de decir, dice Morales, vueltas las tornas, a España y a todos, a todos los españoles, claro está, a todos sin distinción, vencedores y vencidos, pero también a los demás, a todo el mundo, sobre todo a Europa, lo mucho que haya que decir. Lo mucho que haya que decir no ha de ser poco, desde luego, ni tampoco poca cosa o cosa de poco. Será tarea del desterrado dar voz a ese lamento que en el dolor vivido en primera persona se adelanta para ser crítica constructiva abierta hacia el futuro. Morales habla de la antología y dice que sus versos no nacen “de la tierra asolada de España”, que es como quedó España tras la guerra, sino que “surge[n] de la otra tierra que es carne viva en sus mejores hijos, tierra o carne desolada y doliente, humana y conmovida de los poetas españoles en destierro”. No nacen, pues, esos versos, de Chile o de México o de los otros tantos destinos del éxodo del republicanismo español, sino del destierro, de un mismo y único destierro: de un destierro hecho lugar propio de la poesía (algo, por lo demás, marcado a sangre y fuego en la metáfora platónica de la expulsión de los poetas de la república). Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Larrea, Emilio Prados, Rafael Alberti, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre, que son los poetas ejemplarmente antologados por José Ricardo Morales, escriben todos desde un mismo y común lugar: el destierro. No importa en ese momento inicial –recuerde el lector que estamos en el año 1943– el lugar de la geografía en que se encuentren, en el que cada uno de ellos esté arrastrando el peso de aquella negación de la patria que los acompaña, porque todos ellos a la postre escriben –porque allí están– en el destierro. Después las cosas podrán cambiar, y habrá casos en que cambien, sin duda, pero en ese momento inicial todos ellos hablan –según el decir de Morales– desde un mismo y único lugar: desde esa tierra, no asolada sino desolada, desolada y doliente, del destierro.

Esto, como se ve, va de detalles y ahora sería el caso de aportar otro.

Esta vez se trata de Leopoldo Castedo, otro de los viajeros ilustres del Winnipeg: viajó con su esposa, Elvira Magaña (a veces las esposas de los grandes personajes han sufrido marginación en el recuerdo colectivo), y con su hija Elena Castedo, autora de una interesante novela, *Paradise*, escrita primero en inglés y luego en español (quien confesó en correspondencia privada a quien escribe estas líneas que cumplió dos años justo cuando el barco atracaba en el puerto de Arica). En sus memorias, publicadas muchos años después, concretamente en 1997 y a la sazón tituladas *Contramemorias de un transterrado*, Leopoldo Castedo rechaza el término de exiliado porque lo considera impropio e inadecuado para describir su propia experiencia, pero también, como dice, la de la mayor parte de los republicanos españoles que acabaron asentando sus vidas en América latina. Castedo repite varias veces, y lo hace de manera contundente, que no se sintió nunca exiliado en Chile. Para definir su experiencia, la suya propia y la de tantos otros compañeros de viaje, Castedo se atribuye “el apelativo de *transterrado*, antes incluso –dice– de que lo inventaran en México sea [José] Gaos, sea Max Aub, porque intuía que en Chile no iba a ser adecuado el peyorativo de *desterrado*”. Nótese que Castedo dice en 1997 que, en una fecha imprecisa, pero que puede situarse en los primeros años de su llegada a Chile (por ejemplo los años de la antología de José Ricardo Morales a la que antes hacíamos referencia), intuía algo que después, en el curso de su vida chilena, iba a hacerse efectivo. Algo así como si efectivamente hubieran llegado a Chile como desterrados, que el 3 de septiembre de 1939 iban a desembarcar en Valparaíso como tales desterrados, pero que después, en esa integración en la vida chilena que fueron sus vidas, tal vez no todas, pero sí muchas de ellas, dejaron de sentirse desterrados y empezaron a sentirse en cierto modo de nuevo arraigados, arraigados en Chile, en su caso, o en México, como relatan otros casos semejantes, o en otros lugares de América latina. (El concepto de integración es fundamental en el pensamiento político de Castedo, no en vano, su último libro, casi una suerte de testamento espiritual, se titula precisamente *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*). El sentimiento del nuevo arraigo lo expresaron de vario modo José Gaos y Max Aub ya en fechas tempranas de su exilio mexicano, y Castedo dice en sus memorias que él en Chile pensó algo semejante aún antes que ellos: que lo pensó aún antes de que ellos lo escribieran. No es esta una disputa por la primacía en el uso del término, sino, más bien, el deseo de romper el cerco mexicano que hasta no hace tanto había caído sobre el exilio republicano español (Castedo vio claro que aquella experiencia general del exilio re-



publicano español no podía explicarse desde el caso concreto del modelo mexicano). Ese nuevo arraigo –unos y otros– lo expresaron como transtierro.

La idea que subyace –bastante evidente, por cierto, incluso muy plática– es la del trasplante de una planta vegetal de una tierra a otra distinta. Y de la planta que –trasplantada– responde a la nueva tierra arraigando en ella para después crecer y dar acaso sus mejores frutos. No sé si la imagen es muy afortunada, tampoco sé si hace plena justicia al efectivo ser de los humanos, en cierto modo tan distintos de los vegetales (no tenemos más raíces que las que nos inventamos y hemos hecho del movimiento en el espacio uno de nuestros signos más distintivos), pero sí sé que la metáfora funciona y que su imagen explica bien algunos aspectos del exilio republicano español en América latina. Atención: en América latina. Después veremos por qué, es decir: porque la metáfora del trasplante, en su total radicalidad, y relativamente al exilio republicano español, deba ser circunscrita al perímetro cultural de América latina.

Algo así, pues, como una planta trasplantada y arraigada en una nueva tierra es como se sentían algunos de aquellos republicanos del exilio, tal vez muchos, sin duda no todos, y por eso se dieron el nombre –un nombre que a la postre ha hecho fortuna– de transterrados. Entre el transterrado y el desterrado hay diferencias sustantivas, claro está. En el desterrado rige la relación con la tierra que lo rechaza. En el transterrado, en cambio, lo que rige es el tránsito de una a otra tierra y el nuevo arraigo en la nueva. Es obvio que no son categorías fijas en lo que hace a la humana experiencia: hubo quienes superaron el destierro con el transtierro y también, claro está, quienes se quedaron anclados en el primero, encerrados en esa suerte de sin-lugar que es el destierro. También, en Chile, sin duda.

Ahora bien, más allá de la metafórica de lo vegetal, el significado del neologismo transterrados sugiere que los prófugos españoles de la Guerra civil encontraron en América latina una continuidad capaz de permitirles la prosecución, ampliación y desarrollo de sus vidas y de sus obras iniciadas en España antes de la guerra. Proseguir la vida, continuar la obra y desarrollar ambas –vida y obra– en una tierra nueva. Sin demasiada ruptura, sin demasiado trauma, o con el trauma y la ruptura que supone simbólicamente un trasplante en el mundo vegetal (podemos imaginarnos el sufrimiento de la planta al ser sus raíces arrancadas de una tierra y colocadas en otra, ese momento de tristeza de la planta con las hojas un poco mustias y caídas, antes de volver a cobrar nuevo vigor en el nuevo arraigo, o también, porque hay de todo, claro está, antes de morir definitivamente por no lograr sus

raíces arraigar en la nueva tierra). Volviendo a lo que propiamente hace a nuestro caso, se hace necesario preguntarnos lo siguiente: ¿qué es lo que permitía esa continuidad entre espacios tan alejados, y no solo geográficamente, sino también, sobre todo, espiritualmente? ¿Qué es lo que propiciaba la continuidad entre el allá de la derrota y el acá de una nueva esperanza? La respuesta no está en la tierra, claro está, pues los humanos –ya queda dicho– no somos plantas. La respuesta está en la lengua, pues a la postre la lengua es para los humanos el lugar del que extraer un alimento tan necesario como el pan de cada día. La lengua entendida como linfa vital del espíritu humano. La continuidad de la que aquí se habla no es, pues, territorial, sino lingüística y en buena medida cultural también.

América latina se constituye así, para los transterrados, para quienes así se sintieron y así se definieron, en la extensión y destino de la patria, acaso de la misma patria, de una misma patria que está por encima de las patrias que nos dividen y separan a los hispanos, porque lo que un transterrado entiende –como entendió Castedo– es que la patria no es la tierra, ni la tierra ni la sangre, sino tal vez algo más sutil que tenía que ver con la lengua. Con el dominio de la lengua. Adviértase que el término transterrados se lo dieron los exiliados españoles en América latina, que nunca se sintieron tales quienes fueron a parar a otros dominios lingüísticos. Castedo, por ejemplo, aceptó sin dificultad –como tantos otros viajeros del Winnipeg– la nueva nacionalidad chilena y pasó a denominarse empatriado. Donde por empatriado entendía el no haber abandonado la propia patria por otra extranjera, sino, más bien, el simple traslado de una a otra patria, o, mejor aún, la mera extensión de la patria, o, quizá, el acceso a una superior comprensión de la verdadera patria. En esa extensión y destino del transterrado se juega, pues, como se ve, la diferencia que lo separa definitivamente del desterrado.

La metáfora del trasplante que usan los transterrados tiene sentido si, más allá de lo vegetal, se identifican bien los elementos que hacen al caso humano. No es la tierra, otra tierra, como queda dicho, la que acoge y permite el nuevo arraigo, sino la lengua: es esta lengua común nuestra, en cierto modo maldita, a la vez madre y madrastra, lengua por igual de vencedores y de vencidos, la que posibilita y permite el trasplante y el nuevo arraigo. La lengua común, diversa en acentos, en léxico y morfología, pero común, al fin común a los que van y a los que vienen, a los que vinieron para quedarse y a los que vinieron para volver, común a los unos y a los otros, a los que venían y a los que estaban. La lengua de Cervantes y de Bolaño, incluso la de Pablo Neruda y Pablo de Rokha: esa misma lengua. O de otro

modo: es la lengua a lo humano lo que la tierra a las plantas. Es la lengua la que permite el nuevo arraigo. La que otorga la condición de posibilidad del trasplante mismo. No son pocos los escritores que han invocado la lengua como la verdadera patria. La lista es larga y no se trata aquí de reproducirla. Baste pensar en Juan Ramón Jiménez, quien solo logró salir y superar un silencio poético que duraba diez años desde que comenzó su exilio cuando se trasladó de la vida en inglés de los Estados Unidos a la vida en español caribeño de Puerto Rico.

A mí me es bastante claro –y lo defiendo y pido perdón por la atrevida intrusión del yo– que la patria de un escritor es la lengua en la que escribe. Pero me pregunto si lo será también de quien no es escritor, de quienes no gozan del privilegio de la instrucción, de quienes no son artistas o intelectuales, porque lo cierto es que los viajeros del Winnipeg eran en su mayoría humildes trabajadores. En comparación con México, el número de artistas e intelectuales que se exilian en Chile es muy modesto. Hasta el punto que ha podido hablarse, y con razón, de que el exilio chileno del republicanismo español fue eminentemente proletario. Un detalle, este, que tiende a olvidarse, incluso a silenciarse, sobre todo porque las historias –las historias oficiales– tienen el vicio de escribirse siempre desde el punto de vista de los vencedores, y en el caso concreto del exilio esto significa que las historias –casi siempre oficiales– suelen centrarse y concentrarse en las figuras preminentes, en quienes en el exilio alcanzaron el éxito y no se hundieron en el fracaso o en el olvido. Porque también hubo de ello, sin duda ninguna. Y no es que yo tenga nada contra quienes lograron el éxito y el reconocimiento, todo lo contrario, de muchos soy lector empedernido y a otros los admiro muy sinceramente, pero entiendo que el exilio, que es sustantivamente un fracaso, una de las formas en que se declina el fracaso, no puede contarse desde la cumbre del éxito, no puede contarse sin pervertir su misma naturaleza e íntimo carácter desde la majestuosa cumbre de ningún éxito. El exilio es fracaso, fracaso sustantivo y radical, y pasa, o sucede, en las conmemoraciones o en los actos congresuales de vario tipo que persiguen el estudio y la comprensión del exilio, sucede o pasa, digo, en cambio, que lo que se ve, a la postre porque es lo que se visibiliza, es el éxito. El exilio contado a través de los exiliados que tuvieron éxito, visibilidad, reconocimiento. Lo cual, francamente, me parece un contrasentido. Incluso, a veces, una muy clara impostura.

Pido perdón: pero denuncié los documentales que documentan verdades a medias. O los estudios que hacen lo mismo y visten sus discursos de

citas y oropeles científicos al servicio del encubrimiento de la impostura. Todos sabemos que es con las medias verdades que se construyen las peores mentiras. La batalla por la memoria del exilio, por su apropiación interesada, no es de hoy, pues empezó harto tiempo atrás y atrás debería haber quedado. Pero no, ahí sigue. Yo mismo estoy en ella, aunque confieso que sin mayor interés que el de intentar dar un cauce justo a la memoria plural del exilio.

De quienes en esta historia se sintieron transterrados, por ejemplo, hay que decir que generalmente les fue bien en el exilio (dentro de lo que cabe, claro está, y sin olvidar nunca que se trata siempre y en cualquier caso de exilio). Pero también hubo, tuvo que haber, es obvio, quienes les fue mal, incluso muy mal o peor aún. De esos, en general, no hay memoria y han quedado borrados –o esquinados o marginados– de los relatos oficiales que celebran el exilio. No es difícil imaginar que tal vez ellos no llegaran a sentirse nunca transterrados ni nada por el estilo. Tal vez ellos sí fueron los propiamente exiliados, pues no lograron integrarse, nunca, en nada, lo perdieron todo y nada ganaron después: ni posición, ni honores, ni éxitos o reconocimientos de ningún tipo.

Y es que el exilio, más que un estar, es un ser, un modo de ser, uno de los modos de ser de esta humanidad nuestra a merced de todas las intemperies del mundo y de la vida. El éxodo de la Guerra de España condujo a millares de españoles al destierro, al estar desterrados, y de ese estar en el destierro, muchos de ellos, pudieron pasar en América latina a esa nueva dimensión que es el transtierro. A estar en el transtierro. Sé que también se dice estar en el exilio, pero, en propiedad, como digo, el exilio es una forma de ser. Por eso es tan importante el concepto o la categoría de exilio, tal y como me refería a ello al principio de estas líneas. Es importante porque se trata de ser, del ser relativo a la persona, y ese modo de ser abre el campo para poder definir y construir un mejor y más adecuado concepto de ciudadanía.

El detalle de la extranjería reclama desde siempre una revisión a fondo del concepto de ciudadanía, lo cual, claro es, no puede hacerse sin llevar a cabo una eficaz deconstrucción de los parámetros y categorías que han dominado en el tiempo tanto el discurso político cuanto la misma filosofía política. Las figuras del extranjero y del exiliado claman –generalmente en silencio– por una eficaz reconsideración de los vicios y virtudes que han acompañado la construcción ideal de la ciudad de los hombres y sus prácticas de todo tipo e índole, las cuales muestran, sin duda, cómo en la cultura occidental, que es de la que aquí se habla en cuanto dominio de lo global, han prevalecido lógicas adversas a la hospitalidad, como son las del muro y

las de la frontera. Quede, pues, solo apuntada una idea simple, sencilla. La siguiente: ¿qué pasaría si el sujeto del discurso moderno fuéramos capaces de pensarlo como extranjero? Alguien que está, que ha llegado, pero que no es de ahí (entiéndase: está, pero no es, y esto con relación a la misma modernidad dominante). Alguien que viene de lejos, o quizá no tanto, que habla otra lengua y que para comunicar traduce lo indecible de la propia. Alguien a quien siempre se le reconocen menos derechos que a los ciudadanos o habitantes del lugar, pero no se queja ni protesta, pues sabe que la vida no es solo cuestión de derechos y deberes, aunque sean importantes, sino de respeto y aceptación de las diferencias no tanto en el papel de las leyes sino en la gramática viva de la vida cotidiana. En lo radicalmente empírico de los afectos y de las razones del día a día. En el roce con los vecinos, en el amor a una piel distinta, en el mestizaje radical cuya asunción cordial bien podría liberarnos aún de tanto prejuicio arraigado.

Añado aún un último detalle a esta suerte de mínima fenomenología del exilio republicano español en Chile: me lo proporciona mi paisano Pablo de la Fuente (paisano por ser de Segovia y paisano también por haber acabado recalando en Italia). Pablo de la Fuente no llegó a Chile en el Winnipeg, sino un par de años después, en enero de 1941. Pertenece a aquel puñado de combatientes republicanos que a la caída de Madrid se refugiaron en la Embajada de Chile, donde permanecerían encerrados y acosados por una tensión política y diplomática siempre creciente durante los diecinueve primeros meses de implantación del franquismo. La historia es bien conocida. Fue, además, uno de los fundadores del célebre Café Miraflores, punto de encuentro y centro de reunión de los republicanos españoles en Santiago. En 1944 publicó un título bien significativo para nuestro propósito: *Sobre tierra prestada*. Lo publicó la Editorial Nuestro Tiempo y de él se hizo una segunda edición en 1946 (tengo –perdón otra vez por lo personal, pero ya ve el lector que se hizo inevitable– un ejemplar de esta edición con dedicatoria autógrafa a Augusto D’Halmar). En Chile publicó también las novelas *Los esfuerzos inútiles* y *Este tiempo amargo*, antes de trasladarse en 1955 a Roma, donde moriría en 1976. *Sobre tierra prestada* es una excelente metáfora del exilio. De un exilio que nunca se convertiría, ni por asomo, en transtierro. De una vivencia que profundiza y hace suya la radicalidad del desarraigo y del ser siempre extranjero en el destierro. De serlo siempre y en cualquier caso, y, sobre todo, de no poder dejar de serlo. Tal vez solo Cernuda, desde México, hizo gala y dio tan cumplida cuenta del desarraigo como Pablo de la Fuente en Chile.

De *Sobre tierra prestada* vale la pena traer aquí a colación un par de párrafos del capítulo final: “¿Una nueva vida? ¿Hasta qué punto? América es un continente nuevo, pero en nada está separado del destino de Europa. Para nosotros América es el lazo de relación con España, con el último día de nuestra República, con el último instante de un Madrid entrevisto desde los balcones de la Embajada de Chile”. El barco que llevaría a Pablo de la Fuente hasta Chile, el Siqueira Campos, salió del puerto de Lisboa a finales de 1940. Los pasajeros no eran ya solo republicanos españoles vencidos en la Guerra de España, como era el caso del Winnipeg (o del Formosa, etcétera), sino europeos –judíos sobre todo– que huían del implacable avanzar del nazismo y de esa otra guerra, la II Guerra Mundial, que en el fondo era siempre la misma guerra: aquel barco (hundido después, en agosto de 1943, en la otra guerra) ponía en evidencia la unidad sustantiva de ambas guerras, la civil española y la mundial, y desvelaba también la hermandad de todos los perseguidos. “... hemos emprendido un viaje de peregrinación –dice Pablo de la Fuente–, un andar errante que nos impedirá dejar huella en el suelo prestado por el que vamos de paso”. Estas dos ideas, la errancia y el estar de paso, por un lado, y el vivir en tierra prestada, por otro, marcan de manera indeleble la experiencia del exilio de Pablo de la Fuente. Para él no hay transtierro, y el destierro lo asume desde la radicalidad de la errancia y del permanente desarraigo.

Europa nos ha arrojado a América pero no nos ha podido separar de allí. Hay algo de esa sensibilidad del miembro perdido que dicen sienten los amputados. [...] Nuestra ruta es España siempre, pasando por Chile. Imposible el abandono de lo que fue tan claramente nuestra vida [...]. Llegamos a un puerto de sobrevivientes. Llegamos de paso [...]. De España nuestro recuerdo, en nombres, fechas, personas, vidas. No podemos volver a nacer ya. El tronco de nuestra vida está allí: hermanos nuestros lo cuidan con su sangre, para que sintamos de nuevo aquella savia que no podremos encontrar jamás mientras estemos de paso y sobre tierra prestada.

El detalle de Pablo de la Fuente se une aquí a los de José Ricardo Morales y Leopoldo Castedo en una suerte de mosaico desfigurado de la varia vivencia del exilio del republicanismo español en Chile. Tal vez no sea posible una historia del exilio. Tal vez no, desde luego. Una historia, en propiedad, adecuada a su misma naturaleza, a su carácter huidizo e

inaprensible, a la irreductibilidad de su radical experiencia. Acaso porque entre el exilio y la historia, entre la forma íntima del uno y la exterioridad de los relatos de la otra, haya una suerte de desajuste esencial, de fundada incompatibilidad, lo que no quiere decir que no puedan escribirse historias en el exilio, o del exilio, o desde el exilio, claro que no, sino, más bien, que lo que no puede hacerse –sin pervertirlo– es dar forma histórica a la multiplicidad experiencial del exilio. Y ello, no porque la multiplicidad de relatos no pueda reducirse a un solo relato, que tampoco, sino porque la experiencia del exilio reconduce siempre e inevitablemente al dominio de lo negativo, a una falta que en modo alguno cabe poder alojar en ninguna de las formas posibles del relato histórico. Porque *¿cómo contar?*, *¿cómo narrar* o simplemente dar cuenta de lo que no fue? De lo que pudo ser y no fue. De lo que hubiera podido ser y la historia abortó sin decencia ni piedad. De los futuros frustrados y de las esperanzas rotas que se perdieron en lo incumplido que da forma sustantiva a la vida del exilio.

Y no es que la historia –ninguna historia– se construya necesariamente desde la multiplicidad de los relatos experienciales, pero, en cualquier caso, busca siempre su apoyo en fuentes y documentos en aras del esclarecimiento de los hechos, pues son estos –los hechos consumados– los que organizan el relato histórico con una lógica que se levanta desde la positividad de su efectivo acontecimiento. Pero el exilio, al contrario, como queda dicho, tiene que ver con el acontecimiento de lo negativo, con lo que en efecto deja de pasar, con el “cementerio de promesas” del que hablara Francisco Ayala en Argentina, o con el “futuro interrumpido” del que tanto eco se hizo la obra de María Zambrano entre Cuba y Puerto Rico. El exilio no es algo que cierra un futuro y abre otro, sin más, como quien cambia de dirección en el curso de su vida, sino algo que aloja la imposibilidad del futuro pensado y aceptado –planeado y querido– en el desarrollo innatural de una vida sucesiva arrojada a la intemperie. Porque innatural es, de suyo, el exilio, por más que sea una experiencia constante en las historias de esta humanidad nuestra tan a la deriva de sí misma.

No estando en el exilio, sino siendo exiliado uno llega a reconocerse en la hermandad de todos los exilios de la historia. Algo, esto, que, por lo que hace a España, abre las puertas a esa gran tradición de “españoles fuera de España” que empieza en 1492 con los sefarditas y sigue en 1609 con los moriscos y sigue y sigue y sigue hasta nuestros días. Y se hermana, además, con todos los exilios latinoamericanos que iban a seguir tras el de los republicanos españoles. Paraguay, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina,

etcétera, arman en nuestra historia reciente una cadena –una cadena de la historia– que llega hasta los venezolanos de hoy, que no saben ya a qué puerta llamar porque parece que por doquier molestan.

El de Chile fue bien singular, pues hay que hacer memoria y recordar bien, como se debe, que en ese exilio chileno provocado por la dictadura militar iban a tener que volver a abandonar sus casas, sus cosas, sus amigos y afectos más queridos, algunos de aquellos viajeros del Winnipeg que pensaron que en Chile habían encontrado una nueva patria. En este sentido, el Golpe de 1973 vino a poner las cosas en su sitio y a desvelar –por si alguien se había ilusionado con lo contrario– que el exilio nunca tuvo patria. De ese segundo exilio de algunos de los republicanos españoles del Winnipeg habla en sordina Isabel Allende en su novela *Largo pétalo de mar*. Y si, a la postre, el exilio era una suerte de segundo nacimiento, tal y como aparece en el sentir y en el pensar de esa otra exiliada que fue María Zambrano, ¿qué no habrá que decir, pues, de aquellos segundos exilios?

¿Meros detalles? Tal vez, pero ya debería haber quedado claro aquí, a este punto del curso del discurso, que con la atención a los detalles se puede hacer también filosofía. Tal vez no una Gran filosofía, sino una acaso más pequeña y más humilde, pero no por ello menos filosofía. Los detalles son precisamente como el áncora que impide al pensamiento volar a las regiones más confortables y tranquilas de lo abstracto. Pero es que hay cosas de las que no puede hacerse abstracción sin renegar de lo humano. El exilio es –claro– una de ellas.

Aquí declaro y concluyo mi deseo de que estas líneas mías sean un tributo a lo anónimo del Winnipeg, a lo que careció de protagonismo, ni antes del viaje ni durante el viaje ni después del viaje. He procurado evitar los grandes nombres, aunque también he hecho algunos, pocos, y siempre de manera ejemplar, porque hay, en efecto, una historia del Winnipeg de la que aquí nos hemos alejado, una historia hecha a posteriori desde los éxitos de algunos de aquellos que dicen –sin que les tiemble la voz de vergüenza– sus más insignes viajeros. Aquí, en cambio, se quiere recordar y rendir homenaje y tributo a los que vinieron sin protagonismo y después vivieron también sin él, generalmente entre mil estrecheces, sin éxito ninguno, quizá profundizando en el fracaso al que quedaban abocadas sus vidas con la derrota de la guerra de España. Es en ellos en quienes primeramente pienso –sin duda– cuando digo que el exilio no tiene patria.



## Bibliografía

- Agamben, Giorgio: "Política del exilio", en *Archipiélago*, N° 16, Barcelona, 1998, pp. 41-52.
- Allende, Isabel: *Largo pétalo de mar*, Barcelona, Plaza & Janés, 2019.
- Barchino, Matías y Cano Reyes, Jesús (eds.): *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur, 2014.
- Bettini, Maurizio (ed.): *Lo straniero, ovvero l'identità culturale a confronto*, Roma-Bari, Laterza, 1992.
- Canal, Jordi (ed.): *Exilios. Los éxodos políticos en la historia de España (siglos XV-XX)*, Madrid, Sílex, 2007.
- Castedo, Leopoldo: *Contramemorias de un transterrado*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Corbinos Pontaque, Isidro: *Pasaje al limbo. Retratos de la Guerra Civil Española*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2017.
- Curi, Umberto: *Straniero*, Milán, Cortina, 2010.
- Chao, Ramón: *Las travesías de Luis Gontán*, Madrid, Tabla Rasa, 2006.
- Di Cesare, Donatella: "Esilio e globalizzazione", en *Iride*, N° 54, Bolonia, 2008, pp. 273-286.
- Duque Schick, David: *Desde el silencio verso a verso. Aportes de los inmigrantes del Winnipeg en la construcción política y social de Salvador Allende*, Santiago de Chile, San Marino, 2011.
- Fuente, Pablo de la: *Sobre tierra prestada*, Santiago de Chile, Nuestro Tiempo, 1944.
- Esposito, Roberto: "Il proprio e l'estraneo tra cominità e immunità", en A. Folin (ed.), *Hospes. Il volto dello straniero da Leopardi a Jabès*, Venecia, Marsilio, 2003, pp. 261-267.
- Gálvez Barraza, Julio: *Winnipeg. Testimonios de un exilio*, Sevilla, Renacimiento, 2014.
- Garay Vera, Cristián: *Relaciones tempestuosas: Chile y España 1936-1940*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2000.
- Morales, José Ricardo: *Poetas en el destierro*, Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1943.
- Martin Cabrero, Francisco: "Memoria del Winnipeg: luces y sombras del exilio republicano español en Chile", en *Santiago. Ideas, crítica, debate*, N° 8, Santiago de Chile, diciembre 2019, pp. 104-109.
- "Tal vez exilio (De historia, vida cotidiana y saber de experiencia)", en *Mapocho. Revista de Humanidades*, N° 85, Santiago de Chile, 2019, pp.

- 300-309.
- “La literatura como exilio”, en *Revista de Occidente*, N° 452, Madrid, enero 2019, pp. 91-105.
- Marzocchi, Virginio: *Filosofia politica. Storia, concetti, contesti*, Bari, Laterza, 2011.
- Resta, Caterina: *L'estraneo. Ostilità e ospitalità nel pensiero del Novecento*, Génova, il Melangolo, 2008.
- Said, Edward: *Reflexiones sobre el exilio*, Barcelona, Debate, 2005.
- Sapag Muñoz de la Peña, Pablo: *Chile, frente de combate de la guerra civil española. Propaganda republicana y franquista al otro lado del mundo*, Valencia, UNED, 2003.
- Semprún, Jorge: *El largo viaje*, Madrid, Austral, 2014.
- *La escritura o la vida*, Madrid, Austral, 2015.
- Sennet, Richard: *El extranjero. Dos ensayos sobre el exilio*, Barcelona, Anagrama, 2014.
- Sferrazza Papa, Ernesto: *Le pietre e il potere. Una critica filosofica dei muri*, Milano, Mimesis, 2020.
- Solano Palacio, Fernando: *El éxodo. Por un refugiado español*, Valparaíso, Más Allá, 1939.
- Soto, Hernán (ed.): *Antología de la solidaridad chilena. España 1936*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1996.
- Zolo, Danilo (ed.): *La cittadinanza. Appartenenza, identità, diritti*, Roma-Bari, Laterza, 1994.

